

principales ciudades eran: *Widdin, Trinobum, Silistria, Varna y Sofia.*

Del imperio bizantino. — El imperio griego de Constantinopla, restablecido en 1261 por los Paleólogos, no tenía ya la importancia de otra época. En Europa sólo le quedaban la Tracia, la Macedonia y parte del Epiro. Al norte lo limitaba el monte *Hæmus* (Balkanes), que lo separaba del reino de los búlgaros. Los latinos poseían el ducado de Atenas y el principado de Acaja. Los venecianos y los genoveses eran dueños de las islas. Los Paleólogos conservaban en Asia la parte occidental de la Anatolia. Su capital era Constantinopla, y las principales ciudades *Andrinópolis, Saloniki, Misitra, Napoli ó Nauplia de Romania.* Ese debil Estado debía ser presa de los turcos otomanos.

CAPÍTULO II.

FELIPE EL ATREVIDO Y FELIPE EL HERMOSO. GUERRAS CON ARAGÓN, FLANDES É INGLATERRA (1).

San Luis había sido la manifestación más alta de la piedad católica en la edad media, y, por tal motivo, su reinado constituyó una época de progreso en las ciencias, las artes y, en general, para todas las instituciones francesas. Su hijo, Felipe el Atrevido, no era príncipe de medianos alcances, pero las circunstancias no ayudaron á sus talentos, y por eso no dejó grandes recuerdos. Por entonces se llega á fines del siglo XIII, y se nota que va formándose nuevo espíritu contra la Iglesia. Después de haber estado al frente de la sociedad, el poder religioso empieza á ser atacado por el civil, que quiere sustituir su acción á la del primero. Felipe el Hermoso inaugura esa lucha, pero su despotismo produjo una reacción funesta al mismo tiempo á la monarquía y á la nación francesas.

§ I. — *Felipe el Atrevido. Guerra con Aragón (1270-1285).*

Engrandecimiento del dominio real bajo Felipe el Atrevido. — Cuando Felipe III volvió á París,

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Guillermo de Nangis, *Crónicas de San Dionisio*; Godofredo de París, *Crónicas civiles*; Gabourd, *Historia de Francia*; Chateaubriand, *Estudios históricos*; Gaillard, *Rivalidad de Francia y de Inglaterra*; Rohrbacher, *Historia de la Iglesia.*

llevaba en persona, con los señores de su séquito, el cadáver de su padre. Todo el pueblo acudió á presenciar esa enternecedora ceremonia, y no hubo nadie que no quisiera acercarse á los restos venerados del monarca, que ya invocaban como santo. Depositóse su cuerpo en San Dionisio, y allí se transportaron al mismo tiempo los de la reina Isabel, del conde de Nevers y del rey de Navarra. Después de haber tributado los últimos deberes á esos ilustres personajes, pasó la corte á Reims para el ungimiento del nuevo rey. Felipe III estaba triste y abatido: el óleo santo le devolvió la esperanza; pero la muerte continuó cebándose en su familia. El conde de Poitiers, su tío y su tía la condesa Juana expiraron ambos un poco más tarde.

El reinado de Felipe III, inaugurado en medio de esos acontecimientos, se distingue sólo por el aumento de las posesiones del rey, que se engrandeció por causa de varias herencias. Juan Tristán legó á la corona el Valois y sus tierras de Auvernia; Alfonso de Poitiers y Juana de Tolosa le dejaron el Poitou, la Auvernia, la Saintonge, los condados de Tolosa y de Albi, el Quercy, el Agenois, y el Venaissino. Felipe III cedió al soberano pontífice este último país con la ciudad de Aviñón (1274). También reunió á la corona el condado de Champaña y el reino de Navarra, con motivo de la muerte de Enrique el Gordo, hijo de Thibault. El partido español quiso arrebatarle esa sucesión casando á Juana, única heredera de Enrique, con un príncipe aragonés ó castellano; pero Felipe el Atrevido hizo fracasar todos esos proyectos, preparando la alianza de su hijo Felipe con aquella princesa.

Visperas sicilianas (1282). — Los Capetos habían llegado á ser por entonces muy poderosos en Francia, ejercían gran influencia en España, y ocupaban además el trono de las Dos Sicilias. Carlos de Anjou, que había recibido del soberano pontífice esta última corona, procuró en los principios de su reinado contentar á sus nuevos vasallos; pero su severidad le granjeó luego numerosos enemigos, cuando hubo vencido á los alemanes en Tagliacozzo, cerca de Aquilea (1268). La cruzada de San Luis, los preparativos de guerra que hizo contra Constantinopla, ocuparon su actividad y

aumentaron aun más el grupo de personas que le eran hostiles. Pero lo que le atrajo principalmente el odio de sus vasallos fueron sus innumerables exacciones y la brutalidad de sus gentes con los vencidos. Cansados los sicilianos de verse sometidos al yugo extranjero, resolvieron dar muerte á todos los franceses. Formóse vasta conspiración, bajo el impulso de Juan de Prócida, médico de Manfredo, quien, despojado de todos sus bienes, se había retirado á la corte de Pedro, rey de Aragón. Los conjurados convinieron que el lunes de Pascuas (30 de marzo de 1282), en el momento en que las campanas llamasen á los fieles para acudir á las vísperas, se arrojarían sobre los franceses, matándolos sin dejar uno vivo. En dos horas fueron degolladas más de ocho mil personas. Ni las mujeres ni los niños se salvaron, y en toda Sicilia sólo se perdonó á un caballero francés, cuyas virtudes admiraban. Esa matanza es célebre en la historia con el nombre de *Vísperas sicilianas*.

Guerra con Aragón. Muerte de Felipe III (1284-1285). — Pedro de Aragón se había puesto de acuerdo con los autores de esa horrible conspiración, y una vez consumada, se presentó con una flota á recoger el fruto de sus planes. Usando de sus derechos, el soberano pontífice excomulgó á los asesinos, y retiró á Pedro de Aragón su reino de España para darlo al rey de Francia. La Santa Sede tenía derecho incontestable de soberanía sobre Aragón, y nada más legítimo que la acción del papa en dichas circunstancias.

Felipe III aceptó la corona que le ofrecían y se adelantó por el Rosellón con un ejército de ochenta mil hombres á pie y veinte mil de á caballo. Como Pedro de Aragón se hallaba entonces bajo el anatema, y como Felipe no había tomado las armas sino por mandato del sumo pontífice, esa expedición tuvo el prestigio de una cruzada. Fué hábilmente dirigida y empezó con brillantes triunfos; pero los franceses sufrieron una derrota cerca de Gerona y habiendo penetrado en sus filas la peste, tuvieron que retirarse. Felipe se afligió tanto al ver los estragos que el contagio causaba en sus tropas, que su salud se debilitó. Atacado por la fiebre, se arrastró penosamente hasta Perpinián, donde

murió, después de recibir con gran devoción los últimos sacramentos (1285).

Ese príncipe dió indirectamente rudo golpe al feudalismo, autorizando á los pecheros para adquirir feudos y tomar títulos de nobleza. Las primeras cartas de este género fueron las que concedió en 1272 á su vajillero Raúl. En ese reinado se publicaron también las primeras ordenanzas sobre los *abogados*, que desde entonces empezaron á formar un cuerpo cuya influencia política no tardó en manifestarse. Sus estatutos fueron redactados en 1274, y todos los años debían jurar que sólo defenderían causas que estimasen justas.

§ II. — *Felipe el Hermoso. Guerra con Flandes y con Inglaterra (1285-1299).*

Carácter de Felipe IV. — Hacía tiempo que el poder real se fortalecía, mientras iba por el contrario debilitándose el régimen aristocrático. En ese movimiento progresivo, que por lo demás era tan ventajoso para la civilización, iba envuelto gran peligro para la libertad de los pueblos. Era de temer, en efecto, que el poder real cayese en manos de un príncipe que se dejase arrastrar á excesos despóticos, y esto fué lo que desgraciadamente sucedió. Orgullosa por carácter, exigente por varicia, devorado por insaciable codicia, Felipe el Hermoso hizo pesar sobre sus vasallos férreo yugo, á la vez que desconcertaba con su mala fe la lealtad de sus enemigos. En él no se hallaron la rectitud y religión que eran de esperar en el hijo de San Luis; una política llena de astucia reemplaza esas virtudes eminentes.

Cuando subió al trono, la guerra ardía por todas partes. Hacíasela en Aragón contra Don Pedro, en Castilla contra Don Sancho IV, que había usurpado los derechos de sus sobrinos, y en las Dos Sicilias en favor de la casa de Anjou. Todas esas contiendas terminaron con los tratados de Tarascón (1291) y de Agnani (1295). Aragón siguió perteneciendo á Don Pedro, Castilla reconoció el poder del usurpador, y Nápoles perteneció á Carlos el Cojo, sucesor de Carlos de Anjou. También se le había confirmado en la

posesión de la Sicilia, pero dejó que Federico de Aragón se apoderase de esa isla, y lo reconoció *rey de Trinacria* (1302).

Guerra con Inglaterra. Guerra de Guiena (1293-1299). — Felipe el Hermoso vivía en paz con Eduardo I, rey de Inglaterra; pero una querrela surgida entre marineros normandos é ingleses encendió la guerra. Los dos bandos se dieron combates navales, y los ingleses llevaron la audacia hasta apoderarse de la Rochela. Felipe el Hermoso demandó razón de ese atentado al rey de Inglaterra, y aunque Eduardo I se comprometió á reparar el daño causado por sus vasallos, Felipe lo citó sin embargo ante su corte en calidad de vasallo. Eduardo envió su hermano á Francia, y firmó un convenio, según el cual se obligaba á ceder á Felipe seis plazas fuertes, como reparación del ultraje que le habían hecho. Ese tratado era una simple formalidad, pues los dos reyes habían pactado que las seis plazas serían devueltas á Inglaterra cuarenta días más tarde.

Pero en vez de cumplir lo pactado, Felipe citó de nuevo á Eduardo y pronunció la confiscación de la Guiena, porque aquél no se había presentado en persona al recibir la primera convocatoria (1293). El rey de Inglaterra respondió á esas violencias con una declaración de hostilidades. Alióse con el emperador de Alemania, Adolfo de Nassau, y Guido de Dampierre, conde de Flandes, cuya hija mantenía cautiva Felipe por indigna felonía (1297). Por su parte, el rey de Francia se alió con los escoceses. Lo extraño de esa guerra fué que los dos monarcas hicieron caer el peso de sus armas sobre sus aliados recíprocos. Eduardo atacó á los escoceses, los venció en Dumbar, é hizo allí prisionero á su rey Baillol (1297). El famoso Wallace, que se mostró defensor heroico de la libertad de la nación, reanimó los bríos de los vencidos y provocó nueva lucha. Eduardo entró otra vez en campaña, ganando la célebre batalla de Falkirk, que lo hizo dueño de Escocia entera (1298).

Mientras los aliados de Francia perdían de ese modo su libertad, Felipe el Hermoso vencía á los flamencos, aliados de Inglaterra. Carlos de Valois, su hermano,

había conquistado todo el país de aquéllos, y Guido quedaba cautivo en París, como Baillol en Inglaterra.

Como esas guerras eran ruinosas para los dos países, Felipe y Eduardo se entregaron para sostenerlas á las más vergonzosas exacciones. Después de haber violado los derechos del pueblo, ninguno de los dos vaciló en cobrar un impuesto extraordinario sobre los bienes del clero. Bonifacio VIII resolvió oponerse á esos excesos, y publicó con tal motivo una bula (*Clericis laicos*) con objeto de reprimir esos abusos del poder civil (1296). Eduardo I se sometió á ella, pero Felipe el Hermoso, exagerando su autoridad, impidió que salieran de Francia las limosnas destinadas á la Tierra Santa y los donativos anuales hechos á la Santa Sede por el clero de toda la cristiandad. Asombrado el papa por esa resistencia, explicó su bula y probó en una carta que toda su doctrina estaba de acuerdo con lo prescrito por los antiguos cánones (1297). Felipe pareció satisfecho, revocó sus ordenanzas é hizo la paz con Roma, llegando hasta reconocer al papa como árbitro de su querrela con el rey de Inglaterra. Bonifacio VIII, que veía con pena á los dos principales monarcas de la cristiandad agotando las fuerzas de sus Estados por vana satisfacción de amor propio, aceptó con alegría ese papel de amigable componedor. Y como juez equitativo, decidió que Guiena sería devuelta al rey de Inglaterra; que la rendición de las plazas que se habían tomado recíprocamente sería aplazada, y que para consolidar la paz se casase con el rey de Inglaterra, entonces viudo, Margarita, hermana de Felipe, á la vez que se unía Isabeau, hija del rey de Francia con el hijo del rey de Inglaterra Eduardo. Efectuáronse todos esos enlaces, y el tratado, ventajosísimo para Francia, fué cumplido durante algún tiempo.

Guerra de Flandes. Batalla de Courtray y de Mons en-Puelle (1300-1305). — Felipe el Hermoso volvió entonces sus armas contra la Flandes. Su hermano Carlos de Valois penetró en ese país, y se apoderó de la ciudad de Gante. Como el conde de Flandes y sus hijos se presentaran á conferenciar con él, los determinó á volver á París, prometiéndoles que se respetaría su libertad en el caso de que no llegaran

á ponerse de acuerdo con el rey sobre las condiciones de la paz. Pero Felipe faltó en esa ocasión al derecho de gentes, desautorizando lo hecho por su hermano, reduciendo á prisión al conde de Flandes y á sus hijos y declarando que sus provincias eran un feudo vacante cuya administración pertenecía al rey de Francia (1301). Santiago de Chatillón, que fué nombrado gobernador de la nueva provincia, creyó no poder dominar á los flamencos más que por el temor, y se mostró severo, exigente, insaciable. Tantas injusticias excitaron al pueblo á la rebelión. El primer ejército francés que marchó contra los sublevados fué deshecho en Courtray (11 de julio de 1302). Antes de la batalla, el condestable de Nesle, admirado del aspecto de aquellas milicias, quiso moderar el ardor de los caballeros franceses y de sus hombres de armas. «¿Acaso tenéis miedo á esos conejos, le dijo el conde de Artois, ó tenéis el mismo pelo que ellos? — Señor, respondió el condestable indignado, si llegáis á donde yo, avanzaréis mucho.» Y entonces cargó al enemigo al frente de los suyos, sin siquiera tomar la precaución de reconocer la posición de los flamencos. Toda la caballería fué en su impetuosidad y sin advertirlo, á arrojarle en el canal que cubría la línea enemiga. Los flamencos no tuvieron más que avanzar para hundir sus grandes lanzas en aquella masa confusa de hombres y caballos, sin correr peligro alguno. Más de veinte mil hombres perecieron en aquella espantosa carnicería. El conde de Artois, el condestable, los dos mariscales de Francia, los condes de Dreux, de Angulema y de Aumale, quedaron entre los muertos, y los vencedores recogieron en el campo de batalla cuatro mil pares de espuelas doradas, con las cuales compusieron un trofeo.

Al mismo tiempo, Eduardo I perdió tres ejércitos en Escocia. Entonces los dos reyes hicieron un tratado por el que se sacrificaban mutuamente sus aliados (1303). Pero ni los flamencos ni los escoceses aceptaron el yugo humillante de la servidumbre. Felipe el Hermoso marchó en persona contra las Flandes, al frente de diez mil hombres de armas y de sesenta mil infantes. Por su parte las ciudades flamencas hicieron esfuerzos

heroicos y pusieron en pie 80.000 combatientes. Los dos ejércitos se encontraron en Mons-en-Puelle, donde Felipe vengó la derrota de Courtray (1304). Á pesar de ese triunfo, se vió obligado á reconocer la independencia de las Flandes, que volvió á poder de sus antiguos condes, si bien los municipios flamencos se comprometieron á pagarle una contribución de doscientas mil libras para gastos de la guerra y le dieron como garantía toda la parte de Flandes donde se hablaba francés, con las ciudades de Douai, de Lille y sus dependencias (1305).

Resumen de este capítulo. — Después de San Luis, el trono de Francia fué ocupado sucesivamente por Felipe el Atrevido y Felipe el Hermoso.

I. Felipe el Atrevido reunió, gracias á distintas herencias, el Poitou, la Auvernia, la Saintonge, los condados de Tolosa y de Albi, el Quercy, el Agenois y el Venaissino al dominio de la corona, cediendo al soberano pontífice este último país con la ciudad de Aviñón (1274), pero en seguida recogió el condado de Champaña y la corona de Navarra. Los franceses son asesinados en Sicilia, y esa matanza es célebre en la historia con el nombre de Visperas sicilianas (1282). Habiéndose entendido con los autores del complot Pedro de Aragón para establecerse en dicha isla, Felipe III lo atacó, disponiéndose á pasar los Pirineos y conquistar su reino en España, cuya investidura le había dado el papa. Una enfermedad contagiosa atacó á su ejército, y el mismo Felipe falleció víctima de ella en Perpiñán (1285).

II. Felipe el Hermoso inauguró su reinado con los tratados de Tarascón y de Agnani, que pusieron término á todas las guerras que Francia se veía obligada á sostener en España y Sicilia. Una querrela surgida entre marineros ingleses y normandos fué la chispa que encendió la lucha con Inglaterra (1293). Habiendo decretado Felipe el Hermoso, después de esa querrela, la confiscación de la Guiena, Eduardo I, rey de Inglaterra, respondió á esa sentencia con una declaración de hostilidades. El rey de Francia se alió con la Escocia, y el de Inglaterra con el emperador de Alemania y el conde de Flandes. Los aliados soportaron por las dos partes el peso de la guerra. Eduardo I venció á los escoceses, mientras Felipe triunfaba de los flamencos. La mediación del papa hizo cesar por un instante esa lucha (1298). Pero las hostilidades no tardaron en empezar otra vez en Flandes. Un ejército francés fué deshecho en Courtray (1301), mientras Eduardo I era á su vez vencido en Escocia. Los dos reyes hicieron la paz, pero sus aliados se negaron á someterse. Felipe el Hermoso marchó en persona contra los flamencos y reparó con su victoria de Mons-en-Puelle la derrota de Courtray (1304).